

LA INUNDACION

(Drama en dos actos)

PERSONAJES: (Por orden de entrada a escena)

ANTONIA

JUAN

SANTIAGO

MARIA

BEATRIZ

DANIEL

ESCENOGRAFIA:

El escenario representa la torre de un vigía: es un recinto de metal y vidrios, abovedado en forma de campana, que se apoya sobre un muro circular de un metro y medio de altura.

Varios aparatos eléctricos, un reloj que marca las ~~veinte~~ cinco y treinta y cinco, un teléfono, una radio, un juego de focos, en lo alto la caja de una sirena.

Hay además una cama turca, una mesa rústica, una biblioteca pequeña con unos pocos libros, un par de sillas, un rudimentario aparador con utensilios de cocina. Todas son cosas que disuenan con el ambiente moderno y metálico.

Por los cristales se distingue un cielo anubarrado y siniestro dominado por una extraña luz de crepúsculo tormentoso

"Si somos hermanos de todos los hombres también lo somos del criminal y del perverso. ¿Nos apiadaremos de él, incluso nos golpearemos el pecho si conocemos la causa de su perversión?"

Al levantarse el telón están en escena: Antonia, que es una mujer de aspecto fuerte y sufrido, de unos cincuenta y tantos años; Santiago, que es un paralítico sentado en un sillón de ruedas, hombre de edad aproximada a la de su hermana Antonia, con una cara irregular y alucinada por momentos. Ambos en el centro de la escena, acechan el descenso, por la parte de afuera, de los cristales, de Juan, un muchacho de quince años, más robusto de lo que es habitual en esa edad. Se descuelga lentamente hasta llegar a un ventanuco colocado encima del muro circular. Por él penetra, saltando al suelo.

En la cama está tirada, y parece que dormita, María.

ANTONIA.-¿Y?

JUAN.- No puedo ponerlo en marcha. Está durísimo. (a Santiago) ¿Usted cómo hacia tío?

SANTIAGO.Yo nunca lo hice funcionar a mano, como te podés imaginar. Aquí todo es eléctrico, y a las cinco y treinta y cinco se paró todo. (Señala el reloj)

ANTONIA.-¿Se ve algo?

JUAN.- Nada. Todo está cubierto por el agua. Se ven clarito las dos torres y la represa partida al medio. Nada más.

ANTONIA.-¡Pobre gente!

SANTIAGO.¿Cómo no vienen de la ciudad? ¡Si ellos saben!

JUAN.- Para el lado del bosque no pude ver.

SANTIAGO.Para eso hay que salir por la terraza. El agua no pudo haber llegado hasta el bosque, porque es allí donde vive el patrón.

JUAN.- (A su madre) ¿Querés que salga?

SANTIAGO.Esa puerta no debe abrirse. Ya vieron lo que pasó hace un rato.

ANTONIA.-Pero se viene la noche. ¿Cómo van a saber que estamos vivos?

SANTIAGO.Esperar Antonia. Esperar y confiar en Dios. (Antonia camina inquietta por la torre.) Cuando baje la correntada, vendrán.

JUAN. Tío, ¿cómo hizo para vivir aquí?

SANTIAGO.En estos tres años nunca se te ocurrió venir a averiguar si yo estaba vivo.

JUAN.- María me decía que Ud. no quería visitas. Y como ellas venían...

SANTIAGO.Yo nunca le dije eso.

JUAN.- ¿Nunca salió tío?

SANTIAGO.¿Para qué? Aquí he vivido en paz, sin nadie. Hago sonar la sirena a las horas indicadas; anuncio la llegada de los barcos que traen los cargamentos para la fábrica...

JUAN.- ¿Siempre solo?

SANTIAGO. Mi compañía han sido las estrellas: ellas me han vigilado, como yo he vigilado hasta muy lejos esta tierra. Si de noche me despierto, aun antes de abrir los ojos ya sé que me miran desde allá arriba. Y me cuidan.

JUAN.- Para cuando uno está enfermo no debe ^{servir de} ~~servir de~~ mucho.

SANTIAGO. Sirven para mucho más de lo que tú crees. Viviendo aquí me he limpiado de las cosas de la tierra. El sol me despertaba de mañana entrando por esta campana antes de bajar hasta ustedes, y me calentaba suavemente...

JUAN.- (Lo interrumpe) Pero en verano aquí debe hacer un calor tremendo.

SANTIAGO. En verano el sol se venga de los malos pensamientos. Porque el sol es como un dios que premia y que castiga. ~~Pero después llueve y así~~

JUAN.- Todo muy lindo, tío, pero a mí, ¿qué le voy a hacer? Me gusta más estar entre la gente.

SANTIAGO. Desde aquí se los veía: achicados, pero como hormigas, yendo y viniendo, siempre golpeándose. ¿Querés saber para que les sirvieron las piernas? Andá, y levantá la trampa.

(Juan se levanta y va hasta un extremo de la pieza donde levanta una escotilla en el suelo.)

SANTIAGO. Yo conté seis. Los atrapó el agua cuando subían por la escalera de caracol. (Juan cierra suavemente, impresionado.) ¿Cuántos hay ahora? Deben haber aumentado.

JUAN.- No sé: un montón...

SANTIAGO. Parecía un cardumen; ~~eran los mismos~~. ¡Con esos te gustaba estar!

ANTONIA.- (Que ha atendido cuando Juan se acercó a abrir la trampa, interviene.) Ellos no tienen la culpa. Fueron un poco más desgraciados que nosotros. Nada más.

(Juan se aleja y se pone a mirar hacia afuera.)

SANTIAGO. Las cosas no ocurren porque sí. A ustedes no les pasó lo mismo.

ANTONIA.- Porque corrimos más rápidos.

SANTIAGO. Nada de eso: ustedes se han salvado porque son de mi familia, y es a mí a quien se respetó. Si yo no hubiera estado aquí, si yo no te hubiera avisado en cuanto lo supe, estarías a esta hora con ellos.

ANTONIA.- Los muchachos no querían venir. Casi tuve que arrastrarlos a la fuerza. Porque yo te creí cuando me dijiste que viniera sin decir una palabra a nadie.

SANTIAGO. A ti sola te avisé.

ANTONIA.- Pero ahora pienso que si igual nos ~~ivamos~~ ^{de qué} vamos a morir, ¿vale ~~la pena~~ esta espera?

SANTIAGO. Porque tienes un alma culpable. Mirame bien Antonia, y aprende de mí. Yo no tengo miedo a la muerte.

ANTONIA.-Yo tampoco lo tengo por mí.

SANTIAGO.-Al llamarte te ofrecí una oportunidad única, sin acordarme de las muchas veces que tu marido y tú, sí, también ~~tú~~, se burlaban cuando los hermanos venían a buscarme para nuestras reuniones.

JUAN.- (Interrumpe, llamando a su madre y dando señales de inquietud). Mamá, vení a ver.

ANTONIA.-¿Qué pasa?

JUAN.- Vení acá, te digo.

MARIA.- (Se ha destapado bruscamente. Es una muchacha joven pero gastada, con rasgos en que la hosquedad enmascara a la belleza) ¡Eh! Nada de secretos. ¿Qué están cuchicheando ahí entre los dos?

JUAN.- Le estaba mostrando a mamá.

ANTONIA.- (Mira hacia afuera y se vuelve a su hijo) No veo nada. ¿Por qué me llamaste?

JUAN.- Fijate en la terraza.

ANTONIA.-Sí...

JUAN.- ¿No te acordás cuando abrimos la puerta y salimos un momento?

ANTONIA.-¡La ha tapado el agua!

SANTIAGO.-No puede ser.

JUAN.- Y la baranda me pareció que se movía.
(para sí)

SANTIAGO.-Entonces es el fin, de veras? (fuerte) Dios puede llamarnos en cualquier momento. Hay que prepararse. (Pone en marcha su silla aproximándose a la biblioteca, de donde saca una Biblia en cuya lectura se enfrasca.)

MARIA.- (Que se ha tirado de la cama, y que de una ojeada comprueba lo dicho por su hermano.) ¡Es verdad, no hay escapatoria! (Paseando la mirada por la torre) ¡Caímos en la ratonera! (A la madre) Yo te dije que no viniéramos a la torre, pero ¡cómo lo sabés todo!... ¡Ahí tenés! Mirá qué lindo ataud de vidrio nos ha tocado.

ANTONIA.-Lo hice por bien.

MARIA.- Estarás contenta: enterrarás a la familia toda junta.

ANTONIA.-Mirá para fuera, a ver si encontrás otro refugio. ¿No lo oíste a tu hermano? El río tapó toda la zona; quizás somos los únicos salvados.

MARIA.- ¡Salvados! Los únicos que postergamos la cosa unas horas para ~~pa~~
~~sentir~~ clarito que nos morimos de a poco.

JUAN.- ¡No exageres! Esto tiene que parar. Y sino vendrán a buscarnos.

MARIA.- (Burlona) Especialmente a nosotros, porque somos los hijos del presidente. Van a mandar un acorazado.

ANTONIA.-Mientras aguante la torre estamos seguros.

MARTIAHO. Antonia, deja esas vanidades para los babilónicos. Preocúpate ahora de tu alma. (Antonia se le acercará.)

MARIA.- El agua sigue subiendo entonces. Vamos a terminar como la cría de la gata. ¿Eh Juan?

JUAN.- No me hablés más de eso.

MARIA.- ¡Qué mala memoria tenés! Fue ayer y ya te olvidaste de cómo metía despacito la bolsa dentro del agua para oírlos maullar. ¡Y cómo maullaban!

JUAN.- Fuiste tú la que me dijiste.

MARIA.- Pero fuiste tú el que los ahogó. (Transición) Además, ¡qué importa! Igual ~~nos~~ vamos a reventar, más tarde o más temprano, y eso sí que no cambia.

JUAN.- (Furioso) Si no te importa, ¿por qué no te tirás? Andá. Abri la trampa que te vas a poner contenta: hay como diez machos para hacerse compañía. Tirate con ellos.

ANTONIA.- (Se acerca) Basta de peleas. Todavía estamos vivos, y es eso lo que cuenta. Somos cuatro, nada más, de tantos como había. Hay que esperar con paciencia: las aguas bajarán, todo volverá a lo de antes.

MARIA.- ¡Lo de antes! El pueblito vivía del trabajo de la fábrica, y la fábrica la tenemos debajo de nosotros. Se acabó.

ANTONIA.- (Pensativa) También se acabó nuestra casa.

MARIA.- ¿Le llamás casa a ese tugurio?

ANTONIA.- Pero era nuestra casa, y era lo único que teníamos.

MARIA.- Cuando subíamos la escalera, por una de las ventanitas vi caer la ola. Fue como una aplanadora: deshizo todo, arrastró las paredes y toda la basura en que vivíamos.

JUAN.- Yo también lo ví: se lo tragó todo en un segundo. Como en el cine.

MARIA.- ¡Me alegré tanto que me hubiera puesto a gritar como loca!

JUAN.- (A la madre) María tiene razón.

ANTONIA.- ¿Me lo están reprochando? ¿Green que a mí me gustaba mucho? (A su hijo) ¿Qué sabés, mocoso, todo lo que tuve que hacer para conseguir ese tugurio como decís. (A María) Pero tú lo sabés. Desde la muerte de tu padre estoy yo sola, ¿o no te acordás? Lo compré con la plata de la colecta, porque tuve miedo de que volviéramos a la calle, como en la ciudad.

JUAN.- Yo no sabía.

ANTONIA.- A tu padre lo dejé sin tumba, para no gastar, y para que ustedes tuvieran techo. Tan ocupada estuve con eso, y buscándole trabajo a José y a ti, que cuando fui al camposanto nadie se acordaba dónde lo habían enterrado.

ANTONIA.- Eso no. Yo hice lo que pude -hasta fue ala escuela- y mientras aguante sola no tuvo que trabajar. De lo otro la culpa tampoco fue de ella, sino de aquel miserable de Donato. Maria era una chiquilina todavia...

MARIA.- Vamos, mamá, dejalo. Ahora empezás a contar cuentos que nadie te pide. Para qué nos vamos a acalorar. Antes o después, él también va a terminar como nosotros,

JUAN.- Eso no sabemos, no te apures.

ANTIAGO.- La culpa es tuya y del marido que tuviste. Por culpa de él en tu casa nunca hubo una Biblia para...

MARIA.- ¡Ah no! El sermoncito no te lo aguanto. Yo seré una porqueria, está bien, pero ~~ah~~ no sos mejor que yo. Fue recitándome ese sermoncito encima de la oreja que me manoseabas, y mientras me decías que mirara las figuras del libro, me levantabas la pollera.

ANTONIA.- Santiago: ¿es verdad?

MARIA.- (Exasperada) Claro que es verdad. ¿Necesitás preguntárselo a él? Mirame a mí. (Pausa. Se miran.) ¿Me creés?

JUAN.- Sos una puerca. Con un paralítico...

MARIA.- ¿Y él qué es? ¡Decí!

ANTIAGO.- Ya que tenés la lengua tan pronta decilo todo. Que fuiste tú la que me buscó. (Enfrentándose a Antonia) Antonia, mirame a mí ahora: ¿creés que yo puedo abusarme? Hace treinta años que estoy atado a esta silla de ruedas.

MARIA.- Porque me diste lástima. Porque vi que aunque estabas tullido, igual deseabas una mujer y ninguna te iba a hacer caso. Parecías bueno y triste con tus cuentos y sentí que eras muy desgraciado. Si lo hacías con otros, ¿por qué no hacerlo con él? (A Juan) ¿Entendés?

JUAN.- A mí no me digas nada. Son cosas tuyas.

MARIA.- Te digo más: lo seguiría haciendo. Pero me dio asco que después viniera a hablar de la Biblia. Y que quiera envolver a este que es medio inocente, con Dios y todo eso. Si tiene que morir, dejalo en paz: no te necesita para eso. (Se vuelve a su madre, con un tono más tierno o acaso desolado) Fue así, mamá. No me mires de ese modo; te repito que ya no tiene ninguna importancia, Pero ninguna. (Se aleja hacia el fondo y apoyando la frente contra los vidrios mira hacia afuera.)

ANTONIA.- Santiago: yo te recogí cuando murieron los viejos; yo te cuidé. Cuando Juan quiso echarte, te defendí porque eras mi hermano, y le dije que me iría a la calle contigo. En casa nunca te faltó de comer, ni siquiera cuando eras un estorbo. Yo te conseguí el empleo aquí. Creí que había cumplido contigo mejor que con nadie, porque a veces tengo remordimiento pensando en Pepe o en estos. Pero contigo no.

ANTIAGO.- (Mansamente) No sigas Antonia.

MARIA.- (Sin volverse) Sí mamá; no sigas.

TONIA.-¿Si supieras qué vergüenza tengo!

STIAGO.-¿Pensás que yo no? ¿Pensás que cuando ella se iba yo no me acordaba de ti y juraba que nunca más? (Pausa) Pero pasaban los días, ella volvía otra vez, a sentarse junto a mí para que le leyera y le enseñara. ¿Qué debía hacer? ¿Castrarme?

TONIA.-Por qué me habrá tocado a mí todo esto?

STIAGO.-Me diste un techo y yo comí todos los días en tu casa. Tenés razón y cuando estuve enfermo me cuidaste, hasta más que mamá. Y sé cómo me defendiste cuando Juan quería golpearme. Pero eso no era todo en mi vida.

TONIA.-¿Qué mas quer^{ías} que hiciera?

STIAGO.-Si yo no te reprocho nada. Te estoy explicando nomás. Ya ni me acuerdo como son los hombres normales, y cuando alguno viene lo es-
pío para saber en qué no soy como él. Teníavieinte años cuando me desplomé en el suelo como si me cayera ^a rayo.

TONIA.-Me acuerdo: fue en carnaval, habías ido a un baile. Te gustaban. Cuando de mañana yo salía para el trabajo te encontré tirado en la puerta, como muerto. Papá se puso a temblar cuando fui a decírselo.

RIA.- Todos entendemos. ¿Para qué hablar entonces? No vamos a ganar nada, somos así.

AN.- Todos no. Ustedes me dan asco. Usted no, vieja, ellos dos.

RIA.- Andán no levantés el gallo. ¿Querés que diga lo que me contó la mer-
docina? Vas siguiendo los pasos de tu hermano.

TONIA.-Dejá tranquilo al Pepe que él fue distinto de todos.

AN.- (Por Santiago) ¡Y me viene a hablar del cielo!

STIAGO.-¿De qué querés que hable, mocosos? De esto que soy yo, y ella, y to-
dos nosotros? Yo no sé si hay cielo, pero debería haberlo. Cuando
leés el libro te parece que sí, que lo hay.

RIA.- ¿Y con eso qué? ¿Para qué lo queremos? Para seguir siendo allá arri-
ba lo que somos acá y eso para siempre? Lo que precisamos es que
nos cambien, que nos den vuelta como a la media, y eso, ni pensar-
lo.

AN.- Yo no soy así. ¿Por qué me acusan a mí también? Yo quiero irme le-
jos y no verlos nunca más,

RIA.- (Se ha dado vuelta, indiferente, acercándose a los cristales) Empe-
zó a llover de nuevo. (Juan se precipita a su lado)

TONIA.-Parece un sueño todo, que empezó con agua y va a terminar con agua
también. Tenía catorce años cuando me trajeron de Italia y me acuer-
do clarito del mar porque nunca lo había visto. ¡Tanta agua! No me
atreví a acercarme. Pasaron casi cuarenta años y otra vez igual.
¿Y en el medio? ¿Por qué habremos sido así como somos? ¿Qué culpa
tenemos nosotros? (Tu que sos instruido, Santiago, explicámelo.

STIAGO.- ¿Qué?

ONIA.-Que nos haya ido tan mal! Porque si ~~bien~~ se piensa, yo trabajé siempre como una burra de carga y quise tener un hogar. Yo no quise que mis hijos fueran así: me hubiera gustado que salieran como los de Enriqueta, mi prima, que fueran alguien. ¡Mirá dónde vinimos a parar!

TIAGO.El libro dice que son nuestros pecados.

ONIA.-¿Qué pecados?

TIAGO.Yo tampoco sé. Esa es la parte que no puedo entender. Porque, ¿qué hice yo distinto de los otros para quedarme paralítico?

IA.- (Se vuelve) Dale. Pregunten, pregunten como si se pudiera saber nada. Yo también puedo decir: ¿por qué me hice... esto? ¡Ni qué fuera tan lindo!

TONIA.- (Sordamente) Lo tuyo es diferente.

TIAGO.Habrá sido nuestra ignorancia.

RIA.- ¡Bah! ¿Y la Luisa en cambio? Era como nosotros, pero se casó y se mandó mudar. ¡Debe estar hecha una señora!

TIAGO.Esa nunca nos quiso.

TONIA.-Yo era poca cosa para ella, me despreciaba:

RIA.- Ella sabía que si seguía con nosotros ese matrimonio no le iba a durar mucho.

TONIA.-Pero antes que nada estaba la familia.

TIAGO. Si era una fiera...

RIA.- Se habría quedado si me hubieras echado a mí. Pero no le guardo rencor. De chicas corriamos carreras por los petriles y yo siempre le ganaba.

TONIA.-Tú eras tan hija como ella.

RIA.- Hace caso: olvidate, y vamos a comer algo. Me estoy llenando de caña.

(Se oye un sonido ronco, que empieza lentamente. Una sirena extraña y desgarrante.)

IAN.- ¡Es un barco!

TIAGO. No. Es la sirena, que el viento...

(Repentinamente la cúpula de vidrios vacila. Es un solo sacudón y vuelve a quedar inmóvil.)

TIAGO. (Grita) Es el fin. Dios mío, perdoname. (A María) La culpa es tuya, ¿por qué me recordaste todo eso? ~~Antes de que viniera~~

RIA.- (Que tiene una breve vacilación) No digas eso Santiago. Yo no quise...

TIAGO. Antonia, ayudame.

ONIA.- Alguna vez tenía que ser Santiago. Sé hombre.

TIAGO. No quiero ser hombre, no quiero ser como ustedes. ¿Por qué no los dejé morir allá abajo? Yo me sentía limpio y ahora tengo miedo.

IA.- (Ve que Juan ha arrimado la mesa contra la pared y se ha subido para salir afuera por el ventanuco.) ¿Qué hacés? ¿Dónde vas?

I.- Yo me tiro. Chau.

ONIA.- No Juancito. Te vas a ahogar (Lo agarra de las piernas.)

IA.- Soltame. Yo soy distinto.

ONIA.- No sabés nadar, te va a arrastrar la corriente.

TIAGO. No lo dejen. El no puede salvarse.

I.- (Le pega un puntapie a la madre que trata billa) Soltame te dije. Todos ustedes son una porquería. ~~¡Malditos hijos de puta!~~

IA.- Raterito, no sos mejor. Patea a tu madre no más. Dale fuerte.

(Antonia se reincorpora y vuelve a agarrarlo, cuando él ha pasado una pierna afuera. Forcejean.)

ONIA.- Juancito, la torre todavía aguanta. Quedate, hace caso, que es por tu bien.

AN.- Prefiero morirme solo. Ustedes reviente que se lo tienen merecido.

TIAGO. (Rezando) Tené misericordia de mí, Soy un miserable, pero yo no tuve la culpa.

IA.- Dejate de lloriquear. Rezá para que sea pronto.

ONIA.- ¡Y son mis propios hijos! (Se le escapa la pierna de Juan que se encarama para largarse afuera. Antonia mira la escena y dice dramáticamente) ¡Que nos arrastre a todos, a ver si nos limpia!

(En ese momento se oyen gritos afuera: "Socorro, socorro, ayúdenno")

AN.- (Desde lo alto del ventanuco anuncian) Hay un hombre en un bote.

TIAGO. ¡Nos vienen a salvar! Dios me ha oído.

(Vuelven a repetirse los llamados apremiantes de auxilio.)

IA.- Es uno que se ha salvado, como nosotros.

AN.- Son dos. ¡Eh! acérquense, remen para este lado.

OZ.- Se hunde: no tenemos remos.

ONIA.- Que traten de acercarse. Juan, decíselo, e

AN.- Acérquense. (Adentro) La corriente los arrastra.

(Una voz de mujer pide socorro.)

AGO. Tirale una cuerda y que se agarren.

A. -- ¿Dónde hay Santiago? pronto.

(Santiago hace correr su silla hacia un extremo de la pieza. María se le adelanta y recoge un rollo de cuerdas)

Se han prendido de algo.

A. (Se la entrega a su hermano) Tomá, tirásela.

MA. -- (Que se ha encaramado a una silla) Agárrense fuerte. Son una pareja, pobres.

A. -- (Arroja la cuerda) Ahí va. Tirensen ahora. Agárrenla. Tomá mamá, sostené fuerte.

MA. -- Sí, dame. Tené cuidado Juan, no te vayas a caer. (Baja de la silla y ata la cuerda.)

A. -- La agarraron. ¡Hurra! Justo a tiempo. (Se vuelve entusiasmado)
~~La agarraron cuando estaba el cable.~~

TONIA. -- Sí, ya lo vimos. Deben estar empapados.

A. -- Tirá fuerte mamá. Hay que levantarlos hasta la terraza.

TONIA. -- Sí, yo tiro. Santiago, ayudame.

(Santiago y Antonia mantienen tensa la cuerda pero sin que avance. Juan espía la aparición de los náufragos, junto con María.)

TONIA. -- Juan, ¿qué pasa? ~~No pasa nada.~~

A. -- ¡~~¡Ayuden! No pueden subir la cuerda.~~ *¡Ayuden! No pueden subir la cuerda.* (Se arroja al suelo) Hay que salir a la terraza.

(Se hace un silencio en que todos se miran. Afuera se oyen de nuevo los gritos de auxilio. María da un paso hacia la puerta. S)

NTIAGO. (La llama) María, oíme; si abris el viento se embolsa en la torre y puede tirarla.

RIA. -- Juan. Ayudame para poder cerrar enseguida.

NTIAGO. Esta es mi casa. (A Antonia) ¿Qué hacés tú? Decile que no abra.

TONIA. (Calma) No podemos dejarlos. Están peor que nosotros.

NTIAGO. ¿Y qué ganamos si morimos todos?

(Abren la puerta. Una fuerte ráfaga entra y sacude la armazón metálica. Juan y María salen y se les oye gritar afuera dando órdenes.)

NTIAGO. Antonia, se hunde, yo te dije. Cerrá pronto.

TONIA. -- No puedo, Tengo que aguantar la cuerda.

NTIAGO. -- Iré yo. (Pone en marcha la silla en dirección a la puerta.)

(Una voz de mujer pide socorro.)

ANTIAGO. Tirale una cuerda y que se agarren.

MARIA.- ¿Dónde hay Santiago? pronto.

(Santiago hace correr su silla hacia un extremo de la pieza. María se le adelanta y recoge un rollo de cuerdas)

JUAN.- Se han prendido de algo.

MARIA. (Se la entrega a su hermano) Tomá, tirásela.

ANTONIA.- (Que se ha encaramado a una silla) Agárrense fuerte. Son una pareja, pobres.

JUAN.- (Arroja la cuerda) Ahí va. Tirensen ahora. Agárrenla. Tomá mamá, sostené fuerte.

ANTONIA.- Sí, dame. Tené cuidado Juan, no te vayas a caer. (Baja de la silla y ata la cuerda.)

JUAN.- La agarraron. ¡Hurra! Justo a tiempo. (Se vuelve entusiasmado)
~~La agarraron en la cabeza el cable.~~

ANTONIA.- Sí, ya lo vimos. Deben estar empapados.

JUAN.- Tirá fuerte mamá. Hay que levantarlos hasta la terraza.

ANTONIA.- Sí, yo tiro. Santiago, ayudame.

(Santiago y Antonia mantienen tensa la cuerda pero sin que avance. Juan espía la aparición de los naufragos, junto con María.)

ANTONIA.- Juan, ¿qué pasa? ~~No pasa nada.~~

JUAN.- ¡~~¡Ayuden!~~ *¡Ayuden! No pueden subir con la cuerda.* (Se arroja al suelo) Hay que salir a la terraza.

(Se hace un silencio en que todos se miran. Afuera se oyen de nuevo los gritos de auxilio. María da un paso hacia la puerta. S)

ANTIAGO. (La llama) María, oíme; si abris el viento se embolsa en la torre y puede tirarla.

MARIA.- Juan. Ayudame para poder cerrar enseguida.

ANTIAGO. Esta es mi casa. (A Antonia) ¿Qué hacés tú? Decile que no abra.

ANTONIA. (Calma) No podemos dejarlos. Están peor que nosotros.

ANTIAGO. ¿Y qué ganamos si morimos todos?

(Abren la puerta. Una fuerte ráfaga entra y sacude la armazón metálica. Juan y María salen y se les oye gritar afuera dando órdenes.)

ANTIAGO. Antonia, se hunde, yo te dije. Cerrá pronto.

ANTONIA.- No puedo, Tengo que aguantar la cuerda.

ANTIAGO.- Iré yo. (Pone en marcha la silla en dirección a la puerta.)

ANTONIA.- No vayas a cerrarles a los muchachos.

SANTIAGO.- Es por nuestro bien. ¿Entendés?

ANTONIA.- Si tocás esa puerta, contá que vas afuera.

(Entra María sosteniendo a Beatriz: una mujer de cuarenta años y bonita, mojada y agotada.)

BEATRIZ.- Gracias, gracias. La Milagrosa me ha amparado.

MARIA.- Mamá, cuidala que voy a ayudar a Juan. (Sale)

BEATRIZ.- (Se cae de rodillas sollozando) Yo estoy salvada. Dios mío, salvada. Fue la Milagrosa.

ANTONIA.- (Se le acerca con solicitud y trata de levantarlo) Venga, tranquilícese. Ya está segura; no hay peligro.

BEATRIZ.- ¿Quién es usted?

ANTONIA.- Como usted. Una que se salvó.

(Entran Juan y María con Daniel. Un hombre de unos cincuenta años, robusto, de rasgos fuertes y seguros. Una vez entrados Juan y María tratan de cerrar la puerta con ayuda de Santiago)

JUAN.- La baranda se está por caer.

SANTIAGO.- Yo les dije: pasé la tranca. (Cierran)

DANIEL.- De buena escapamos. Parece mentira encontrar gente, y a cubierto.

BEATRIZ.- (Se precipita a abrazarlo) ¡Daniel, nos salvamos!

DANIEL.- Pero no es cuestión de morir por la mojadura. (A los demás) Tienen algo para cambiarnos?

SANTIAGO.- Debajo de la cama hay una valija con ropa. Es vieja.

DANIEL.- ¡Tráiganla! ¡Tráiganla! (Manotea la cara de su mujer que llora) Vamos, vamos, calma. Ya pasó todo. (Mira a los demás y ríe) ¡Estemos todos vivos! ¿Y usted como vino?

JUAN.- (Junto con María le sacado la ropa de la valija y se la entrega) Tómela. Es lo que hay.

DANIEL.- (Manotea un saco) Tómela esto Beatriz. (Beatriz mira perpleja a su alrededor y mira a su marido.) ¿Dónde hay un cuarto?

SANTIAGO.- Está el baño.

ANTONIA.- Pero allí no se puede. Venga conmigo, nos arreglaremos entre las dos. (Agarra la ropa y lleva a Beatriz junto a la cama) Sáquese el vestido y sáquese con la frazada. No tenemos otra cosa. Cuidado con mirar Juan!

JUAN.- ¡Mamá!

(Antonia viste con ropa nueva a Beatriz luego de desnudarla,

y después la meta en la cama. En tanto Daniel, ayudado por Juan, se desviste y endosa algunas ropas.)

- DANIEL.- Cuando empezó a llover nos largamos. El atracadero del bosque había empezado a desmoronarse. Pero la correntada es tremenda. No había modo de dirigir el bote y empezó a abrirse por todos lados. Cargaba agua... (Se detiene al ver que la cuerda tendida a través del ventanuco es arrastrada hacia afuera.) ¿Qué es eso?
- MARIA.- Es la baranda. (Contempla fijamente a Daniel, como si le reconociera vagamente)
- JUAN.- La arrastró el agua.
- DANIEL.- Sigue lloviendo. ¿Hasta cuando!
- JUAN.- ¿Ustedes de dónde vienen?
- DANIEL.- De... (los mira) del bosque.
- SANTIAGO.- Usted no vio si se salvó la casa del patrón?
- DANIEL.- En la zona no se salvó nada. Si parece que hubiéramos construido casas de papel.
- JUAN.- ¿No quiere tomar un trago?
- DANIEL.- Sí, dame. Esto es... la torre. ¿No es así?
- SANTIAGO.- Sí, es la torre de control. Yo soy el encargado, vivo aquí, y esa es mi hermana con sus dos hijos. Cuando empezó la inundación se vinieron.
- DANIEL.- Es raro que no se les haya ocurrido a otros.
- SANTIAGO.- Como ocurrírseles se les ocurrió, pero no llegaron a tiempo. El agua subió más rápido que ellos.
- JUAN.- Creíamos ser los únicos que se habían salvado.
- DANIEL.- Y deben serlo, porque yo no he visto a nadie. Todo está tapado por el agua. ¿Que catástrofe y qué injusticia! Nosotros nos salvamos por casualidad. Estábamos los dos... (Recuerda a su mujer) ¡Beatriz! ¿Cómo estás?
- ANTONIA.- (Haciéndolo callar.) Déjela. La he acostado y parece que se ha dormido. La pobrecita está agotada.
- DANIEL.- Las pasamos duros y ella no está acostumbrada.
- ANTONIA.- ¿He visto a alguien?
- DANIEL.- Por suerte se aguantó esta torre. Y pensar que todos decían que era inútil hacerla tan alta!
- SANTIAGO.- Pero no sabemos cuánto más va a aguantar. Ya se movió dos veces.
- DANIEL.- Es fuerte. Está hecha con muy buenos cimientos. Esta resistirá, como he resistido yo.

SANTIAGO.- No sabemos cuánto más aguantará, Ya se movió dos veces.

JUAN.- Y ahora que se viene la noche. Yo me hubiera tirado antes, pero no me dejaron.

DANIEL.- ¿Ustedes quiénes son?

ANTONIA.- Este es mi hermano y este mi hijo: los dos estaban empleados en la fábrica.

DANIEL.- No quedó nada. Una fortuna conseguida con tanto trabajo, deshecha en una hora.

MARIA.- ¿Y usted quién es?

DANIEL.- ¿Yo?... Yo soy... uno de los ingenieros.

ANTONIA.- Entonces usted debe saber señor. ¿Cómo pudo pasar esto?

DANIEL.- Era un lugar expuesto, pero...

JUAN.- ¿Pero qué?

DANIEL.- No podemos quedarnos mano sobre mano. Tenemos que hacer algo. ¿Qué han pensado?

SANTIAGO.- Usted todavía no ha visto señor. Pero no se puede hacer nada. Hay que esperar que Dios disponga y confiar en él.

DANIEL.- (Lo mira despreciativamente) ¿Qué hora es?

SANTIAGO.- No sé. (Automáticamente mira el reloj)

JUAN.- Se paró cuando se inundó la fábrica.

SANTIAGO.- Aquí siempre había un zumbido: y de pronto todo quedó en silencio.

DANIEL.- (Sacude su reloj pulsera junto al oído) El mío se mojó). No sirve para nada. (Lo arroja lejos. Juan continúa un gesto para recogerlo) Tenemos que comunicarnos con los destacamentos de rescate.

ANTONIA.- ¿Usted quiere decir que vendrán por nosotros?

DANIEL.- Claro está.

ANTONIA.- ¡Como somos tan pocos!

DANIEL.- Antes de que yo viniera, ¿no oyeron algún avión?

SANTIAGO.- Ninguno; estoy seguro.

DANIEL.- Ya es de noche. Tenemos que hacerles saber que estamos vivos. Aquí no hay luz...

SANTIAGO.- Tengo unos faroles a kerosene, para los casos de emergencia. (Va a buscarlos y los encenderá)

DANIEL.- Con eso no alcanza. (Pausa) Un fuego, eso es. Tenemos que hacer un gran fuego. Es de noche, lo verán desde lejos.

MARIA.- ¿Quiénes lo verán?

DANIEL.- Los aviones.

MARIA.- ¡Se van a molestar por nosotros!

ANTONIA.- No digas eso; a lo mejor, ¿quién te dice que vengan? El es ingeniero.

DANIEL.- A juntar las maderas. (A Juan) Vamos, movete. (A Santiago) Traiga todo el kerosene que tenga. (A las mujeres) Ustedes acerquen ese tacho.

JUAN.- La mesa no; yo me voy a tirar en ella si sube el agua.

MARIA.- No seas zonzo: ellos no pudieron con el bote y tú te vas a largar con la mesa.

DANIEL.- Rompela: a ver las sillas.

ANTONIA.- Sí, el señor tiene razón. Si hacemos un fuego nos verán y nos salvaremos. María, ayudá.

MARIA.- Si mamá: las cosas se arreglarán.

(Santiago que ha encendido los faroles, viene con la damajuana cuyo contenido arroja dentro/del gran recipiente metálico.)

SANTIAGO.- Señor, tenga cuidado. ¿No se estropearán los aparatos?

DANIEL.- ¿Qué le importa?

SANTIAGO.- Es que yo soy el responsable de todo esto. ¿Y si después me protestan?

JUAN.- (Que contempla crecer el fuego alborotado) ¡Qué bueno! Ya está ardiendo. Vamos a echarle más cosas y haremos una gran fogata. Mamá: ahora sí que nos verán.
(Pausa)

ANTONIA.- Es como estar de vuelta en la casa.

SANTIAGO.- ¿No oyen un ruido? Silencio.

(Todos quedan inmóviles, callados, contemplando a lo alto mientras los ilumina el fuego.)

JUAN.- Sí, tiene razón, se oye un ruido.

ANTONIA.- Parece.

MARIA.- Es la madera que chisporrotea. Nada más.

JUAN.- Pero vendrán.

(Largo silencio que interrumpe la voz de Beatriz hablando en sueños desde la cama donde se agita)

BEATRIZ.- Mario. No te vayas Mario. Ayúdame. ¡No quiero! (Se incorpora. Daniel se le acerca.)

DANIEL.- Tranquilízate.

BEATRIZ.- ¡Ah! eres tú Daniel. Estaba soñando una cosa. ¡Dios mío!

DANIEL.- Estamos seguros ya. Acostate y seguí durmiendo.

BEATRIZ.- (Contempla la torre) ¿Qué es esto? ¿Entonces es verdad! La re-
presa....

DANIEL.- No te preocupes. Ahora vendrán a rescatarnos. Todo está bien.

BEATRIZ.- Yo trataba de sostener la pared de casa porque del otro lado
venía la ola como un trueno. Yo me apoyaba en el cuadro de la
Virgen y me quemaba la mano.

DANIEL.- Dale. ¿Vas a empezar con tus misticismos?

BEATRIZ.- Daniel, cuando estábamos en el bote y nos arrastraba la co-
rriente, yo pensaba: es un castigo.

DANIEL.- No digas tñterías. (A Juan) Alcanzame la botella. (Juan se la
acercas y Antonia le trae el vaso.) Lo de las culpas dejale pa-
ra después de salvarnos. Tomá un trago que te va a hacer bien.

BEATRIZ.- Es un castigo. Y lo tenemos bien merecido.

SANTIAGO.- Dios quiere que paguemos nuestros pecados. Es verdad.

BEATRIZ.- ¿Ves? El también lo cree. No son misticismos míos.

DANIEL.- No hagas caso. Y usted, cállese.

ANTONIA.- Dejale tranquila. ¿Querés?

SANTIAGO.- ¿Por qué? Ella cree. ¿Usted cree en Dios no es así?

Comienza a oírse el sonido entrecortado de la sirena. Tiene
una calidad dramática, insistente y desgarradora.)

SANTIAGO.- ¡Alla vuelto!

DANIEL.- ¿Qué es eso?

BEATRIZ.- ¿Quién grita?

ANTONIA.- Es la sirena; el viento la hace sonar.

SANTIAGO.- Viene a buscarnos, ya lo anunció.

JUAN.- Los vidrios tiemblan mamá.

MARIA.- (Que presencia adusta lo que ocurre, no puede reprimir un sa-
cudimiento de ternura ante el grito de su hermano) ¡Juan!
¡Es sólo el fuego!

(El sonido alcanza su mayor intensidad y cruje la estructura
de la torre con un breve movimiento. Beatriz se arroja en
brazos de su marido. El sonido desciende un instante para
luego elevarse nuevamente.)

BEATRIZ.- ¡Daniel! ¡Se hunde!

SANTIAGO.- Es Dios que nos llama.

DANIEL.- La torre aguantará. Es fuerte, Hágalo callar.

(Cruje nuevamente la torre, y luego el sonido comienza a descender hasta extinguirse)

SANTIAGO.- No blasfeme. Es el castigo.

JUAN.- Yo no quiero morir, yo no hice nada. Mamá, ayudame. (Se arroja en brazos de su madre que, de pie frente al fuego, lo estrecha con angustia.)

ANTONIA.- ¡Hijito! María, vení tu también.

SANTIAGO.- Recen todos!

ANTONIA.- (Como para sí) ¿Para qué?

(Beatriz y Daniel han quedado unidos delante de la escena. Hay una inmovilidad dramática de los restantes personajes, mientras decrece la sirena. Comienza un diálogo entre Daniel y Beatriz el que los restantes irán atendiendo progresivamente, olvidados de su temor.)

BEATRIZ.- Recemos también nosotros, Daniel. (El sacude la cabeza) ¡Si nos hubiéramos ido ayer cuando te caíste del caballo! ¡Qué será de los chicos sin nosotros!

DANIEL.- (Sombrio.) Ya se arreglarán, como hicimos nosotros.

BEATRIZ.- Mejor. Quiera Dios que les vaya mejor.

DANIEL.- No te inquietes: los seguros son grandes sin contar lo que no esté aquí.

BEATRIZ.- No. Decía que fueran más felices que nosotros.

DANIEL.- ¿De qué te quejas? Si yo hubiera muerto ayer, al caerme del caballo, hubiera muerto el hombre más feliz del mundo.

BEATRIZ.- No estaríamos juntos.

DANIEL.- No lo hemos estado muchas veces.

BEATRIZ.- Pero ¿por qué?

DANIEL.- La vida es así Beatriz. Hay que saber aceptarla.

BEATRIZ.- No. Fue por esa mujer...

DANIEL.- ¡Qué importancia tiene ya! No es hora de reprocharnos. Yo cumplí contigo: tuviste lo que querías.

BEATRIZ.- ¡Para lo que me sirvió!

DANIEL.- Estabas contenta.

BEATRIZ.- Pero ahora... Si pudiera volver/atrás y empezar de nuevo...

DANIEL.- Ahora es siempre distinto. Diez años de trabajo perdido. Si me hubieran dado dos años, nada más que dos años...

BEATRIZ.- Se te acabó Daniel.

DANIEL.- A ti también. No te burles.

BEATRIZ.- ¡Siempre tan seguro! A todos convencías.

DANIEL.- Menos a ti.

BEATRIZ.- Te vi de muy cerca, y preferí alejarme.

DANIEL.- ¿No habrán sido tus raptos místicos? ¿O acaso Mario?

BEATRIZ.- Tus negocios con Galvan.

DANIEL.- Esta torre la hice nada más que para verla cuando volvía de la ciudad: en el recodo de la carretera aparecía iluminada, en pleno cielo.

BEATRIZ.- Pero se la llevará el agua.

DANIEL.- No sabemos todavía. (Pasea la mirada) La torre todavía aguanta. Yo la hice. Me sostiene para que la vuelva a levantar.

(Se oye el suave ronroneo de un avión)

DANIEL.- ¿Qué es eso? Oí. No digas nada, silencio. (Se oye claro el ronroneo del avión) Es un avión. Vienen a buscarnos. ¡Estamos salvados! Beatriz, ¿oíste? Yo tenía razón: aguantaríamos.

BEATRIZ.- ¡Gracias a Dios! Si parece imposible...

DANIEL.- Estamos salvados. Alégrese ustedes también. ¿No han oído? Es un avión: hagan silencio... (Se oye el avión y de pronto el cielo se ilumina con una luz blanca que desciende y resplandece) ¡Nos han visto! Rápido. Hay que avisarle que estamos vivos (A Juan) Movete. Echá más leña al fuego, lo que sea. (A su mujer) Ves Beatriz, ¿cómo no estaba todo perdido? Nos tomaremos un buen descanso, para tranquilizarnos. Y luego a empezar de nuevo.

BEATRIZ.- Gracias Daniel. Olvidaremos todo, ¿no es cierto?

DANIEL.- Sí. Si no tiene importancia. ~~¡Malditos sean los que nos ven!~~ (Volviéndose a los demás que siguen inmóviles, salvo Juan que observa hacia afuera.) ¿Qué les pasa a ustedes? ¿No se enteraron? Aviven el fuego, muévanse. ¿Están sordos?

MARIA.- No señor. Simos muy bien. Lo que pasa es que nos da vergüenza. Como usted es don Daniel Harvey...

ACTO SEGUNDO

Se levanta el telón sobre el mismo escenario. El fuego está semiapagado, y aparte de sus carbonos encendidos sólo ilumina el recinto un par de faroles colgados altos.

Beatriz descansa en la cama. Antonia y María están sentadas en el piso sobre la trampa. Juan y Santiago avizoran las tinieblas. Daniel se pasea nervioso de un lado a otro. Hay un silencio.

DANIEL.- ¡Cómo tardan tanto? Una lancha despachada desde la ciudad o desde el puerto ya hubiera llegado. Pero siempre fueron unos inútiles. ¿Ven algo?

SANTIAGO.- No señor. Es noche muy cerrada y no se ve ni una luz.

DANIEL.- Por lo menos dejó de llover.

JUAN.- Señor... (vacila) ¿Está seguro de que nos vieron? ¡Está tan oscuro!

DANIEL.- ¿No oíste el avión? ¿Y además las luces?

JUAN.- Pero como se fue...

DANIEL.- No me exasperes... (Camina y mira los vidrios) Es como estar metido en una caja de espejos. Adonde mire lo que veo primero es mi propia cara, como si se burlara de mí. (A Juan que lo contempla) No me mires a mí. Seguí observando.

SANTIAGO.- Perdónese señor... pero por aquí no van a venir. Desde el puerto se viene por el otro lado. Y aun le diría que se ve bastante mal. Por los montes...

DANIEL.- ¿Por qué no me le dijeron antes? Vení; vamos a hacerlo mejor. (A Juan) Vas a salir afuera, a la terraza. Ahora dejó de llover.

ANTONIA.- (Murmura con aprensión) ¡Ah no! ¡Juancito no! (Se incorpora)

DANIEL.- Por si acaso abrigate algo, que debe estar frío. (Agarra un saco de encima de la cama y se lo tira.) Tomá. No te muevas de ahí, y a la primera luz pegás un grito.

SANTIAGO.- Cuidate. Tratá de agarrarte a las grampas donde colgamos los faroles.

DANIEL.- Muy bien. Andá.

ANTONIA.- (Inquieta, pero conteniéndose) Señor, es muy peligroso. El agua pasó por encima de la terraza. Nosotres lo vimos.

DANIEL.- Se mejorá un poco no más.

ANTONIA.- Un pedazo de baranda se cayó. Cuando los recogimos a ustedes. La que queda debe estar floja.

DANIEL.- Bueno. Te atás con una cuerda. (A Santiago) ¿Aquí hay? (Santiago va a buscar y vuelve con un rollo) Tú eres un muchacho ágil y vivo. Se te ve en la cara. ¿Cómo te llamás?

JUAN.- Juan Agustini.

- DANIEL.- Bien por el Juan. Este muchacho va a llegar lejos. Tomá. (Le da la cuerda) Atate. (Juan mira a su madre) Vamos, ¿qué esperás?
- ANTONIA.- Juan. Quieto. (A Daniel) Señor, si la lancha viene la vamos a oír. El muchacho se me va a mojar inútilmente.
- DANIEL.- (Brusco) Bueno, bueno. Menos charla. (Conciliador) Yo se lo mando y él es empleado mío.
- ANTONIA.- (Decidida) Pero antes que nada es mi hijo.
- JUAN.- Pero mamá...
- ANTONIA.- Te callás y no te movés de aquí sin mi permiso.
- DANIEL.- Mire señora: usted no tiene nada que ver en esto. No es por mí, es por el bien de todos que lo mando.
- MARIA.- (Que se ha acercado) Y si es por el bien de todos, ¿por qué no va usted?
- DANIEL.- No sea insolente. Su hermano y el paralítico son empleados míos. De modo que ustedes no tienen por qué entrometarse.
- MARIA.- Eran empleados suyos. Pero la fábrica se acabó. ¿No se enteró de que está aquí abajo, tapada por el agua?
- SANTIAGO.- Pero yo sigo en mi puesto. Cuente conmigo, señor.
- DANIEL.- ¿Lo oye?
- MARIA.- Que salga él entonces. Andá. Pero dígale primero si le va a seguir pagando o va a hacer como con Pepe: un mes de sueldo y cincuenta pesos para el entierro.
- DANIEL.- ¿Y eso a qué viene?
- JUAN.- Es otro asunto María.
- MARIA.- ¡Ah! y me olvidaba! La nota de pase de la compañía.
- DANIEL.- ¿Qué tengo que ver yo con su familia?
- ANTONIA.- (Digna) María habla de mi hijo José, señor. José Agustini. No sé si usted recuerda. Uno grande, muy alegre siempre, que trabajaba en la Química. El único que me salió con los ojos verdes del padre.
- DANIEL.- Disculpe señora, pero no son asuntos míos.
- MARIA.- No, claro, si son asuntos del Fisco. ¿Quién era el dueño de la fábrica?
- DANIEL.- (A Antonia) Si usted tiene algún problema hable con el jefe del personal. Vaya de parte mía.
- MARIA.- (Estalla en una carcajada) ¡Don Elias! A ese es muy fácil encontrarlo; abre la trampa que seguro que está con los otros. Porque lo que es él ni un domingo dejó de venir a trabajar.
- ANTONIA.- Mi hijo tenía dieciocho años, señor. Desde que se murió el padre

él se hizo cargo de la familia, porque era el mayor. Pero se empleó en la Química, y... usted sabe... fue un accidente, ya sé, yo no le echo la culpa a nadie.

DANIEL.- ¿Y entonces que me viene a decir? Nadie lo habrá obligado a que se empleara allí.

JUAN.- Pero señerr... ¡era el Pepe!

MARIA.- Nadie obliga, esa es la frase de todos. Pero cuando don Elias sabe que una necesita trabajar, entonces resulta que sólo hay sitio en la Química.

DANIEL.- No lo acepte.

MARIA.- Muérase de hambre.

ANTONIA.- Yo le estoy contando, señor, nada más. Como le decía, se enfermó. Al principio parecía nada, y el primer mes nos pagaron todo el sueldo. Pero la enfermedad seguía. Don Elias le ofreció el puesto a Juancito, pero él yo dije que no. Por si acaso. Duró siete meses, y se iba achicando. ¡Me miraba con tanto miedo cuando se murió! Por Dios que no le lloré. Estábamos deseando que se muriera; por él, pobre, que sufría. Y también por nosotros que ya no sabíamos de dónde sacar para ir tirando. Suerte que teníamos techo, pero él -usted perdón- era un estorbo. El último mes, cuando de noche lo oía quejarse, ni me levantaba de la cama. ¡Estaba tan cansada y hasta tenía ganas de que se muriera de una vez.

DANIEL.- Sí. Es muy penoso. Entiendo. Me imagino que Don Elias...

ANTONIA.- Sí señor. Nos mandó cincuenta pesos, dentro de un sobre.

MARIA.- Con una nota suya. La teníamos en casa, detrás de un cuadro. "El Directorio cumple el penoso deber de ofrecer su sentido pésame". Me la sé de memoria.

DANIEL.- Crea que le lamento mucho, señora. Pero yo no puedo hacer más.

ANTONIA.- No le lamento. Él ya está muerto.

MARIA.- Estaba impresa, con el agujero en blanco para poner el nombre a máquina.

DANIEL.- La compañía cumplió: usted misma lo dijo. Ya ve que nos preocupamos.

ANTONIA.- Usted perdón, señor. Cuando hoy tiré el reloj, yo pensé... Dígame. ¿Cuánto le costó? Más de cincuenta pesos, ¿no es así?

MARIA.- Mucho más mamá, te lo digo yo. Y esta camisa! Mirá qué camisa. Nunca había visto. (Le hurga en la ropa) Y esto es como para mujer.

DANIEL.- (Le golpea la mano) Sáqueme las manos de encima. ¿Qué se cree? Se acabaron las consideraciones. En cuanto se los oye unos minutos ya se suben a las barbas.

MARIA.- ¿Me va a pegar?

ANTONIA.- María, no.

DANIEL.- Vuelvan a su rincón y no me fastidien más.

MARIA.- Aquí no hay rincones, don. Se equivocó. La terre es redonda y nosotros estábamos antes.

DANIEL.- Basta. A la menor insolencia...

ANTONIA.- ¿Qué? (Ordena) ¡Juancoite!

(Juan entiende. Se escurre y aparece con un hierro en las manos. Daniel, viéndolo, se encara con Antonia.)

DANIEL.- Mire señora, no trate de asustarme porque pueden salir malparados. Ese es paralítico y el otro un chiquilín...

JUAN.- Venga a ver quién es este chiquilín.

DANIEL.- Ustedes son mujeres. Conmigo no van a poder y mucho menos a prepotencia. Tranquíllicense, que ya van a venir a buscarnos.

ANTONIA.- Sepa que de mujer no tengo nada ya. Cuando nació aquél, la misma tarde tuve que salir a trabajar. Se me cayó todo, ¿sabe? y me lo sacaron en el hospital.

MARIA.- ¡Qué necesidad de contar eso! No son cosas de ellos.

ANTONIA.- Mejor hablar claro. (A Daniel) Y a fuerza no sé cuál caería primero si nos metiéramos los dos.

DANIEL.- ¿Pero es posible que no comprenda la situación en que estamos? Tenemos que ayudarnos para salir de aquí. Después hablaremos.

ANTONIA.- No quiero hacerle ningún daño. ¿Cómo me voy a atrever?

DANIEL.- Beatriz, Beatriz, despertate. (La sacude)

MARIA.- (Remedándolo grotescamente) Queridita, venix a ayudarme.

ANTONIA.- Yo sólo quiero conversar. Cuando estaba tirada ahí, no dormía; pensaba. Pensaba que Ud. podía explicarme esto.

DANIEL.- También pretende responsabilizarme de la inundación? ¡Le parece que he perdido poco!

ANTONIA.- No es eso. Que me explicara mi vida y la de mi familia. Hay muchas cosas que no entiendo.

BEATRIZ.- ¿Qué pasa Daniel?

DANIEL.- Estos, que quieren aprovecharse de nosotros, justo ahora. Siempre ineptunos.

SANTIAGO.- Yo no señor. Yo me considero su empleado y lo respeto. No me confunda con ellos.

MARIA.- Maula, volvé a tu Biblia si no querés que te eche aguera con aparato y todo.

BEATRIZ.- (A Daniel) ¿Qué es lo que buscan? ¿Dinero?

MARIA.- ¿Para qué nos serviría, si no saldremos vivos de aquí?

BEATRIZ.- (A Daniel) ¿Es así Daniel?

DANIEL.- Miente para asustarnos. El avion nos vio y mandarán el salvamento. Puede llegar de un momento a otro.

ANTONIA.- Para qué le iba a mentir si Ud. mismo puede verlo? Maria y yo estábamos sentadas encima de la trampa. Sentimos que desde abajo golpeaban. El agua sube.

DANIEL.- (Intranquilo) Dejé de llevar.

MARIA.- Sí, pero el agua sigue subiendo igual.

ANTONIA.- ¡Siga!

BEATRIZ.- ¿Quién golpea?

MARIA.- Aquí nos quedaremos, todos metidos en el mismo agujero. ¡Si es como para creer en Dios!

(Santiago apenas oye la noticia se aproxima a la trampa, que espía)

JUAN.- Mamá, ¿es así mamá?

ANTONIA.- Sí Juancito. ¿Tienes miedo?

JUAN.- Sí mamá. (Vacila y se hace fuerte) Pero no te preocupes, no te dejare mal.

MARIA.- Así es un hombre, Juan.

ANTONIA.- Yo tampoco quisiera fallarles ahora, porque no vamos a tener otra suerte.

MARIA.- (A Santiago) ¿Qué mirás? ¡Todavía no lo creés! Claro, como no le dice el patrón...

JUAN.- Venga conmigo tío.

SANTIAGO.- (Desesperado) ¿A mí tampoco me salvará? ¿Por qué? ¿Cuál es mi infracción?

MARIA.- En la lista de tus pecados poné también los que cometimos juntas. Yo tengo bastante con los míos.

BEATRIZ.- Daniel, yo no quiero morir así. Hacé algo.

MARIA.- (Burlona) Trae el yate. Marindio se llamaba. ¿no es así?

DANIEL.- Déjela. ¿Qué le hizo para que la trate de ese modo? Vamos Beatriz no se han perdido las esperanzas. Pueden venir todavía.

ANTONIA.- Mientras tanto tenemos tiempo. Yo no pude dar a mis hijos lo que quería, pero al menos les debe esto.

DANIEL.- Terminemos señora. Nunca nos vimos ni tuvimos nada en común. Cada uno con su vida.

MARIA.- Pero tenemos en común, como usted dice, que nos vamos a morir juntos. Y antes vamos a ajustar cuentas.

ANTONIA.- No María, nada de eso. Yo no me quiero morir sin comprender el porqué. Sólo eso quiero. (A Daniel) Todo lo que recuerde de mi vida está mezclado con usted. Por donde vaya siempre me lo encuentre y ahora que vamos a morir, también. Pero yo no soy leída y quiero que Ud. me explique.

SANTIAGO.- (Desde el extremo) Fue él: ahora lo sé. El me encerró en esta torre durante años. Por culpa suya le he estado defendiendo esta maldad, que él construyó, como si fuera su perro guardián.

DANIEL.- Ese hombre es loco.

JUAN.- Tío: eso ya se acabó.

SANTIAGO.- Per eso Dios me condena como a los demás. Pero si yo no sabía...

ANTONIA.- Nos iba mal en la ciudad. A mi marido le dijeron que aquí se necesitaban albañiles. Arriamos con todos y nos vinimos. Conseguí trabajo y las cosas marchaban. No muy bien, porque seguía tomándome...

MARIA.- Ese no tiene importancia. El también debe tomar.

ANTONIA.- Pero era así. Le digo: a pesar de todo yo estaba contenta. Empezaba a ser una familia. Un día vi a la Luisa que gritaba en la calle y salí. Le traían en una camilla, y yo... Estaba limpiando la jaula del canario.

BEATRIZ.- ¿Dónde fué?

MARIA.- Les muchachones le pidieron que caminara sobre el alambre. De joven él trabajaba en un circo. Ellos sabían que había tomado.

ANTONIA.- Me dijeron que no le destapara, ~~que~~ pero yo fui, le saqué la venda y lo miré. Era mi marido.

MARIA.- Y era el mejor hombre del mundo.

ANTONIA.- A José lo empleé yo misma, a pesar de que él no quería. Tenía catorce años y le traje de la mano para hablar con don Elías y le supliqué que me lo empleara. Me lleré porque me daba vergüenza mejorar los sillones.

DANIEL.- Como ve, no es sólo en el trabajo donde ocurren accidentes.

BEATRIZ.- Nosotros no somos culpables. Todos tenemos nuestra parte de desdichas en la vida. ¿Per qué quieren cargarnos con las suyas?

ANTONIA.- Si yo no le digo eso. Yo le cuento mi vida, nada más. Cuénteme usted la suya. (Pausa) Vamos.

DANIEL.- No cuentes nada. Esto es idiota.

MARIA.- ¿Qué? ¿Hay cosas que le da vergüenza contar? No tenga miedo que yo le ayude, hable.

ANTONIA.- (Después de una pausa) ¿Usted tiene hijos?

BEATRIZ.- Sí, dos.

ANTONIA.- ¿Dónde están? ¿Han muerto?

BEATRIZ.- No. A Dios gracias ya habían partido para sus vacaciones. Están en la casa de la playa y ni deben pensar...

ANTONIA.- Va a ser duro para ellos, cuando sepan. A éste yo le hubiera preferido en cualquier lado, menos aquí. ¿Qué hacen sus hijos?

BEATRIZ.- Daniel está en la Facultad; estudia abogacía. La nena va a Bellas Artes. Señera, yo soy madre como usted. Le aseguro que la comprendo. Pero a todos en la vida nos pasan desgracias, se sea rico o pobre.

ANTONIA.- Sí, es cierto.

MARIA.- ¿Por qué decía eso si no es verdad? No somos lo mismo.

ANTONIA.- A los ricos y a los pobres les pasan desgracias. Es cierto María, y ella le que es comprender, comprende. (A Beatriz) Yo tuve seis hijos: dos se me murieron de chicos, Carmen y Pedrito. Pepe tenía dieciocho años cuando se murió. Me queda Juan, que ya van tres años que trabaja en la fábrica, y María, que es... Y nadie más.

DANIEL.- (Irritado) ¿Qué me quiere decir con eso?

ANTONIA.- (Grita) Nada, nada. Ya le dije que no quiere decirle nada. No tema: yo quiero entender mi vida, saber por qué fuimos tan miserables. ¿Usted es ciego? Hace 54 años que hace una vida que me da vergüenza y me voy a morir así.

SANTIAGO.- que diga como era la casa donde nació y cómo lo atendieron.

JUAN.- Que diga también cuándo empezó a trabajar.

SANTIAGO.- ¿Qué enfermedades tuvo? ¿Qué médicos lo curaron? ¿Fue alguna vez a un hospital?

MARIA.- Dígame a mí cómo eran las mujeres con que se divertía.

ANTONIA.- Muestre que Ud. también ha sufrido, que no hemos sido sólo nosotros.

SANTIAGO.- ¿Alguna vez que estuve solo de verdad para llerar como yo mirando al cielo?

DANIEL.- ¿Qué me están reprochando? ¿Qué tenga dinero? Claro que sí, cómo voy a negarle. Pero no me avergüenza. Me avergüenzaría de ser pobre.

JUAN.- No es malo serlo.

DANIEL.- Sí que lo es. Mi padre era rico, pero no mucho; en todo caso mucho menos que yo. Lo que ahora tengo es obra de mi propio esfuerzo, de años y años de trabajo seguido como ustedes nunca ~~me~~ como cieron. (A Juan) ¿Cuántas horas trabajás en la fábrica?

JUAN.- (Sorprendido) Ocho.

DANIEL.- ¿Y cuántas trabajó su marido? Las mismas, sí, o acaso diez. Yo he trabajado sin parar meses y meses, 16 horas diarias, sin saber lo que era un descenso. Usted me pregunta si tuve médicos. Los tuve, siempre a mi lado, prontos a responder al primer llamado.

Para que me volvieran a dar energía cuando caía como un caballo reventado. Este es el producto de mi esfuerzo: lo hice usando el tiempo que otros emplean en vivir, y he trabajado mucho más de lo que cualquiera de ustedes podría hacer.

ANTONIA.-¿Y para qué?

DANIEL.- ¿Cómo para qué? Pero de qué ha vivido usted sino de lo que yo hice? Usted no conoció esto antes de que yo viniera. Cuando compré estas tierras este era una orilla anegadiza. Yo conseguí que se construyera la represa; edificué las dos fábricas, y al puertito de embarque le puse el nombre de mi padre porque lo hice yo. Aquí no había nada: vinieron barcos y mercaderías. Ahora es un pueblo, con cientos de obreros, que vive de empresa. Fueron diez años de pelea dura: lo mejor de mi vida está aquí.

MARIA.- También está la nuestra.

DANIEL.- (Sin airta) Me creado una riqueza per la cual el país me respeta y agradece.¿Quiénes son ustedes para pedirne cuentas?

ANTONIA.-No seces nada; es verdad. Yo no pretendo, señor.

DANIEL.- De las desgracias de su familia no soy responsable. Eso le puede ocurrir a cualquiera en cualquier lado. En cambio el pan que usted ha recibido vino de mi mano.

(Pausa. Antonia calla)

JUAN.- Mamá, decile que le hemos ganado trabajando. No fue un regalo.

ANTONIA.-Gracias Juan. Pero él tiene razón: el pan que comimos le hemos recibido de su mano. Ahora voy comprendiendo algo más: usted me dio el pan...

MARIA.- Bien escese y regateado, no te olvides.

ANTONIA.-Y me dio algo más. No era casualidad que per donde fuera me le encontrara. Ye le debe mi vida y la de los míos. Le presentía.

DANIEL.- Acabemos con esto porque no nos entenderemos nunca. Vamos Beatris.

ANTONIA.-Un momento. Usted ha hecho muchas cosas. Ud dice que el país se le agradece y así será si usted le dice. Pero a mí, ¿qué me importa? ¿de qué me sirve? Para hacer todo eso que Ud. dice, ¿de nada sirvió mi familia?

JUAN.- Eso es mamá. ¿No seces nada?

ANTONIA.-El Pepe que se me murió, ¿se murió para mí e para usted? Si, si, usted trabajó mucho. Pero al fin consiguió lo que quería. ¿Y yo? ¿qué me dejó usted después de tantos años?

DANIEL.- Son cosas distintas. No va a comparar.

ANTONIA.-Estuvimos trabajando juntos en lo mismo: ustedes y nosotros. Usted será más inteligente, no hay duda, y tenía mucho dinero. Pero lo que Ud. hizo no lo hubiera conseguido sin mi familia. Y ahora, ¿qué tiene usted y qué tengo yo? Conteste.

(Pausa. Todos esperan la respuesta. Daniel se debate.)

DANIEL.- Ustedes no comprenderían.

SANTIAGO.- Yo puedo. He estado aquí muchas noches y he leído libros. Quiero saber.

ANTONIA.- Conténteme, por favor. No me deje así.

DANIEL.- Una gran obra exige sacrificios. Usted me muestra los suyos, pero no quiere ver los míos. Míreme: tengo cincuenta años, pero mi corazón tiene setenta ya.

ANTONIA.- Mire a mi hija. ¡Tiene veinte años!

MARIA.- Yo no cuento: sé defenderme sola. (A Daniel) Explíqueme a ella, porque ella era distinta y si se sacrificó a esta vida fue por nosotros.

DANIEL.- Todos nos hemos sacrificado. Pero es por el bien de los demás, del país en que vivimos. Algún día el mundo será mejor y todos seremos felices y nos querremos.

BEATRIZ.- (Suavemente) No mientas Daniel. (María la mira impresionada)

DANIEL.- ¡Estás loca! Ahí te pensé de parte de ellos. ¿Me ves que te estoy defendiendo?

BEATRIZ.- Si nos vamos a morir, ¿contra quién se defendés?

DANIEL.- No es seguro: aguántezos.

BEATRIZ.- Estoy resignada. Siento mi vida y la tuya como una pesada carga.

ANTONIA.- Mentía, señor. Yo le hablaba con el corazón en la mano, pero usted mentía.

JOAN.- ¡Se cree que no la oíste a ella!

DANIEL.- Me tendieron una trampa desde el comienzo.

ANTONIA.- No era una trampa: era una oportunidad.

DANIEL.- (A Beatriz) Fue culpa tuya.

SANTIAGO.- Le mentaría a Dios cara a cara. Pero fue Dios que lo trajo, para que a mí no me consiguieran más los recordamientos. El culpable de todo lo que nos pasó es Ud.

MARIA.- (Suavemente) Todos somos culpables.

SANTIAGO.- ¿Qué decía? Es culpable quien lo reconoce.

MARIA.- No mientas también tú. Yo no me hice lo que soy por culpa de él sino porque yo lo quise.

ANTONIA.- Que no te oiga decirle. Eso no es verdad. Decí enseguida que no es cierto.

MARIA.- ¡Pero mamá! ¡Siempre tan ingenua! No sé por qué lo hice. Cuando me di cuenta era tarde. Ya no podía ser otra cosa.

ANTONIA.- Eso dicen los otros, pero no hay que creerles.

- MARIA.- Dicen las cosas como son. (A Santiago) Tú no te quedaste paralizado por culpa de él. Y aquel no se metió a raterito por necesidad. Lo que es comer, comemos; pero quiere más.
- JUAN.- Fue una sola vez, ¿por qué no le decís si lo sabés muy bien? Los muchachos me dijeron que les ayudara y a mí me dio no sé qué sacras el cuerpo. Después nunca más.
- MARIA.- Porque tu madre prometió echarte a la calle si lo repetías. Pero seguís saliendo con ellos. El día menos pensado te enredás otra vez y después ¡quién desata la madeja!
- ANTONIA.- Dejalo al muchacho, que eso ya pasó.
- MARIA.- No somos mejores nosotros que ellos. Vamos a no mentir. Menos tú mamá, pero ¿qué puede hacer yo?
- ANTONIA.- (Después de pausa) Un momento María. No es tan fácil. Nunca había pensado y me cuesta. (A Beatriz) Dígame señora. Sus hijos, ¿han robado alguna vez? Su hija, ¿es como ella? No, claro que no. ¿Ves María? No soy tan turra: si alguno tiene lo que necesita, no se le ocurre robar. Porque ellos tienen todo lo que quieren y nosotros nada.
- DANIEL.- El mundo fue siempre así.
- MARIA.- (Para sí) Y encima no nos quieren.
- JUAN.- ¿Y con eso? Entonces estuve siempre mal.
- ANTONIA.- Tenés razón Juan: estuve siempre mal. Yo me he acordado también de mis padres; ¿te acordás tú Santiago? Era verduleros: a las tres de la mañana salían para el mercado, y tenía setenta años la vieja y seguía cargando estados sobre la cabeza.
- SANTIAGO.- Me acuerdo de papá, cuando salió solo la primera vez después que ella murió, y se perdió, y no podía hacerse entender porque apenas chapurreaba el idioma.
- ANTONIA.- Si hijo podrá terminar siendo un ladrón y el suyo será abogado. Su hija no sé adónde, y la mía en la calle. ¡Hasta cuando será así!
- SANTIAGO.- Tu hijo no será nada dentro de un rato.
- BEATRIZ.- Tenémos que perdonarnos todos. Sí, Daniel, reconocélos. Por algo fuimos reunidos aquí.
- ANTONIA.- Nos reunimos aquí porque nosotros los salvamos cuando los arrastraba el río. Siempre los salvamos: mi madre y yo y mis hijos.
- SANTIAGO.- (Violento) Eso se terminó. Tendrán que pagarlas una a una. (Se dispone a buscar un arma) Si nos vamos a morir no hay que tenerles miedo.
- ANTONIA.- Sí, por algo nos reunimos y no sé bien por qué.
- DANIEL.- Yo no quise hacerle daño a nadie, y estoy seguro de que soy un hombre bueno. El mundo está hecho así. Yo me limité a aceptarlo.
- JUAN.- Porque le convenía.

- DANIEL.- Ustedes no saben nada. Otros hay peores que yo, y no le he quitado la oportunidad a nadie. Para enriquecerse basta con tener inteligencia y capacidad.
- MARIA.- ¿Cómo se hace el dinero? ¿Trabajando honradamente en la Química? ¿Usted lo hizo así? Si hubiera conocido a mi padre se mordería la lengua antes de hablar.
- ANTONIA.- Se hace con la sangre de mi familia. ¿Ves María cómo te equivocabas? No somos ~~ningunos~~ tan culpables como ellos.
- MARIA.- Aunque así fuera, no me gusta: me da asco ser la víctima. Quisiera que ella viviera un sólo día en mi pellejo.
- BEATRIZ.- Yo no les he hecho nada.
- DANIEL.- (Se vuelve con decisión a su mujer) Tú eres la peor, porque aquí todos han trabajado y tú fuiste la única que no hizo nada. Para lo único que servías era para reprocharme. Porque no fui yo quien se benefició de mi trabajo -nunca tuve tiempo para hacerlo- sino tú y tus amigos y parientes. Hace diez años que trabajo aquí, sola. Nunca quisiste vivir aquí. Pero el destino te jugó una mala pasada. Parece que la represa hubiera esperado a que tu estuvieras para reventar y atráparte.
- BEATRIZ.- ¿Es este lo que yo soy para ti?
- DANIEL.- Nunca te reproché nada. Hice mi vida y te permití hacer la tuya.
- BEATRIZ.- Si me hubieras atendido y te hubieras retirado de los negocios de Galván...?
- DANIEL.- Idiota: por los negocios de Galván tuviste tu vida fácil. Por él y por mí que los exploté.
- BEATRIZ.- Tú quisiste esta vida...
- DANIEL.- (En otro tono) No, no. Espera. Como sea te guarda afecto: eres mi mujer. Yo sé que si estuvieras en peligro tú me darías una mano... (Observando a los otros) Ecoute, fais-attention. Occupe-toi de la fille; moi je desarme le gosse. Et cette fois-ci je compte sur toi pour du bon.
(Se coloca naturalmente entre Antonia y Juan) Grita) ¡La terre se hunde! (Expectativa general que aprovecha para darle un manotazo violento a Antonia tirándola al suelo. Se precipita sobre Juan a quien desarma, gritándole a su mujer) Encargate de la otra, pronto. (Beatriz apenas atina a levantar la mano sobre María cuando esta se precipita sobre ella y la arroja al suelo)
- MARIA.- ¡Traidor! ¡Canalla! (Golpea violentamente a Beatriz)
- DANIEL.- ¡Suéltela!
- MARIA.- Solté a mi hermano o la deshego. ¡
- DANIEL.- (Vacila, Juan forceja) Matala, ¿qué me importa? Pero este la acompaña. (Descarga un golpe y Juan deja de forcejear, gritando)
- ANTONIA.- (Que se incorpora) ¡Jusucito! ¡Miserable!

DANIEL.- (Se la enfrenta enarbolando el hierro y la detiene con la amenaza)
¡Quieta! ¡Atrás!

MARIA.- (Suelta a Beatriz) No le pegues que te la dejo. A la vieja no.

ANTONIA.- No vas a asustar, ¿a mí! (Avanza un paso y Daniel retrocede) Así
quería verlo, de cuerpo entero, contra mi familia. (Avanza un paso
y Daniel vuelve a retroceder) Pero conmigo no podrá.

(Santiago, que presencié la escena vacilante, echa a correr su si-
lla de ruedas y golpea desde atrás a Daniel. Esto cae cuando An-
tonia se arraja sobre él y lo desarma.)

ANTONIA.- Le dije que no podría conmigo.

SANTIAGO.- Estalo.

DANIEL.- (Debatíéndose) Beatriz, vení.

(Alle, perdida, no atina a nada, sino a pasar disimulada).

ANTONIA.- Si usted ni tocos los suyos; no podrán.

SANTIAGO.- Conséle las piernas, que aprenda.

(Antonia lo tiene reducido casi cuando Juancito trata de ayudarla)

ANTONIA.- Si me lo toques. Traeme esa cuerda. (A Daniel) ¿No le dije que yo
era fuerte? Ahora ayudame (Junta con Juan lo atan) Con una cuerda
como esta lo salvamos cuando estaba por ahogarse.

JUAN.- Le hubiéramos dejado.

ANTONIA.- No. Por suerte lo salvamos. He aprendido mucho hoy.

SANTIAGO.- Tendrá que pegar la que nos hizo: una a una.

DANIEL.- Se sabrá. Se las pegarán.

ANTONIA.- En el otro mundo. (A Juan) ¿Te hizo mucho daño?

JUAN.- No. Yo grité pero que no me pegara otra vez.

ANTONIA.- Y tú, ¿qué te dio por meterte si yo me bastaba? ¿Van cosas entre
nosotros. ¿Podés levantarte?

MARIA.- Cree que no.

SANTIAGO.- Antonia: se mueve.

ANTONIA.- Si intenta zafarse ya sabés. Ahí tenés una palanca. (A Juan) Ayu-
dame a llevar a tu hermana.

MARIA.- No mamá. Dejame.

ANTONIA.- Vamos. (La levantan y se queja María y Juan. A este) ¡Te pegó mamá!

JUAN.- Un poco. Pero no es nada. (Al depositar a su hermana en la cama le
pregunta) ¿le duele mucho?

/31-

MARIA.- Te portaste Juan. Es un hombre ya. Lo que te dije antes... era para hacerte rabiar.

ANTONIA.- (Desape un pedazo de sábana y trata de venderla) No será nada. Ya pasará.

MARIA.- Dejame. Es inútil.

ANTONIA.- ¡Tenés sangre en la boca!

(Beatriz, que ha quedado sola y asustada durante la escena de violencia, se ha acercado a la puerta que trata de abrir.)

SANTAGO.- Antonia, la otra quiere escapar.

BEATRIZ.- (Corre hacia la puerta y levanta el picaporte) No se me acerquen. Ninguno. Son unas monstruos.

ANTONIA.- Buena rata ha resultado usted.

BEATRIZ.- Daniel, perdóname, yo no sabía...

ANTONIA.- Venga para aquí.

BEATRIZ.- Te quise, siempre, y a pesar de todo.

DANIEL.- Lo sé Beatriz. Pero ¿qué vas a hacer?

BEATRIZ.- ¿Por qué fallamos entonces?

ANTONIA.- Salga de esa puerta que es peligrosa.

BEATRIZ.- (Abre nerviosamente) ¿Y tú a mí Daniel?

DANIEL.- ¡Beatriz!

ANTONIA.- ¡Cuidado!

BEATRIZ.- (Ya ha salido y desde afuera se oye su voz, blanca, como la de un niño) ¿Y tú a mí?

(Antonia corre a la puerta, y va a salir cuando oye a Juan que se ha acercado a los vidrios.)

JUAN.- ¡Cayó al agua!

(Antonia cierra y apoya la cabeza en la puerta mirando hacia afuera. Gesto de horror de Daniel.)

ANTONIA.- Ella tampoco lo sabía.

DANIEL.- (Come para sí) Beatriz, perdóname a mí. Que tu Dios te guarde, porque yo nunca te quise. No podía.

ANTONIA.- (Se vuelve) No hay que esperar nada, de nadie. Yo viví engañada.

MARIA.- ¡Pobre mamá!

ANTONIA.- Yo soy la única culpable. Maldita sea mi esperanza.

JUAN.- ¿Por qué decís eso?

MARIA.- Ahora es ~~muuuu~~ demasiado tarde.

ANTONIA.- No. Todavía no.

JUAN.- (Con temor) Mamá, ¿qué vas a hacer?

ANTONIA.- (A Daniel) Ahora nos toca a nosotras dos, cara a cara. Téngame miedo.

DANIEL.- Ya no me importa nada. Ni usted ni nadie.

ANTONIA.- Tengo que darle las gracias. Usted me ayudó a saber, es a Ud. a quien le debe la vida miserable que llevé, y la de mi marido y la de mis hijos. Es una suerte que se muera porque hizo mucho daño.

DANIEL.- ¡Y me lo dice usted!

ANTONIA.- Somos poca cosa, lo sé. Hoy he perdido mi orgullo. Pero si usted no hubiera existido quizás habríamos sido un pequeño mejor.

SANTIAGO.-Al menos habría vivido con más coraje.

DANIEL.- De ustedes nadie se acordará.

ANTONIA.- ¿Qué me importa que no me recuerden después de muerta, si cuando vivía nadie pensó en mí?

DANIEL.- Aprovechese ahora que me tiene atado. Este es su valentía. ¡Cobarde! Porque son los peores, para qué engañarse. A cuántos he visto medrar suciantemente para sacar una tajada.

JUAN.- No sería muy grande, no.

DANIEL.- Se tienen dignidad, ni palabra, ni moral.

SANTIAGO.-Hacele callar.

ANTONIA.- Dejalo hablar.

DANIEL.- Y a los ambiciosos, ¡si los conoceré! Fueron mis socios en los asuntos duros, y había que verles: como perros de presa dispuestos a devorar a la propia familia.

ANTONIA.- ¿Y usted?

DANIEL.- Pero si yo fui un inocente. Le digo la verdad.

JUAN.- (Per María) Mamá, le sale mucha sangre.

ANTONIA.- (La mira y se vuelve resuelta hacia Daniel) Pero es el único que tengo a mano. Por eso le voy a matar, pero que no muera junto con nosotras. Quiere estar en paz con mi familia.

SANTIAGO.-Antonia, no se puede. Dios lo ha prohibido.

ANTONIA.- ¿Se lo dije a él antes?

SANTIAGO.-A todos se lo dije, y para ellos hay un castigo.

ANTONIA.- Ese castigo quiero verlo yo con mis dos ojos, o no creeré.

JUAN.- Mamá. ¿Para qué? Igual...

- ANTONIA.- Yo esperé siempre. Y ahora que me voy a morir veo que de nada me sirvió sufrir y aguantar.
- DANIEL.- (Al verla acercarse) No, no quiero. Suéltame. (Antonia lo arrastra hacia la trampa) Con meterme a mí no gano nada. Yo no tengo la culpa. Suéltame, ¡basura!
- ANTONIA.- Abren la trampa.
- JUAN.- Mamá...
- ANTONIA.- Abranla, que vaya con los demás. Todos juntos.
- DANIEL.- ¡No! Haré lo que Ud. quiera.
- ANTONIA.- Morirse.
- DANIEL.- (Se achaca) Pero no sea necia. Con mi muerte no ganará nada. Otros vendrán. Y usted no comprenderá. Nunca.
- ANTONIA.- (Se dispone a tirarlo, pero ve la mirada de Juan fija en ella) No, tú no mires. Dale vuelta. (Juan obedece. Antonia empuja a Daniel dentro de la trampa)
- DANIEL.- ¡Estúpida asesina! (Antonia cierra en silencio la trampa. Larga pausa)
- ANTONIA.- (Desolada, suspira) ¿Por qué no dije "le tengo piedad"? ¿Por qué no lo dijeron? (Pausa. Se vuelve a Juan que de espaldas solloza. Le dice muy dulcemente.) Ya pasó todo. (Da dos pasos y se encuentra con Santiago que lo mira con terror. Tristemente) Que venga lo que tu Dios quiera. (Se aproxima a la cama) María, ¿cómo estás?
- MARIA.- Descansando que se venga abajo pronto, para irnos juntos.
- ANTONIA.- María, no me vas a reprochar más mi inocencia, ¿no es cierto? Ahora soy como tú, y como todos. Siempre sentí que era mejor que mi familia. Eso se acabó.
- MARIA.- Pero no sirve mamá. Es como tomar vino aguada.
- ANTONIA.- Sí. Mi eso nos han dejado. ¿Para otra cosa? No hay alguien que me diga qué había que hacer? María, yo no soy nada más que una pobre mujer!
- MARIA.- mamá, ¿te acordás aquella vez, hace mucho, que nos empachamos todos con grafíenes?
- ANTONIA.- ¡Como no me voy a acordar! Se comieron los cinco quiles que había mandado Lucía. Los tres: Juancito no había nacido.
- MARIA.- Tenía un año; ni caminaba, pero él también pedía.
- ANTONIA.- ¿Por qué te acercaste ahora?
- MARIA.- No sé. ¡Unas ganas de comer grafíenes!
- SANTIAGO.- (Se le acerca) Tenés que arrepentirte Antonia. Síame, que te lo digo por tu bien. Aunque no creas. Por si acaso.

ANTONIA.- Quisiera arrepentirme, pero no puedo. Tú me hiciste acordar de cuando se perdió papá. Fui yo la que lo encontró. Estaba frente a la estación de ferrocarril, sentado en el cordón y hablaba y hablaba, pero nadie lo entendía. No sé que estoy diciendo. ¿Tú sabes cuál es esa otra cosa?

JUAN.- Mamá. ¿hicimos bien?

ANTONIA.- (Se retrata) Yo hice bien, Juan. Y todo esto es cosa mía, sólo mía.

JUAN.- ¿Es verdad lo que dice el tío del infierno?

ANTONIA.- No sé. Yo no sé nada.

SANTIAGO.- Lo sabrás pronto si no te arrepentís.

ANTONIA.- Te dije que no puedo. Lo volvería a hacer, aunque no sirva, aunque me quede de nuevo así, como estoy...

JUAN.- ¡Mamá!

ANTONIA.- Tuvimos una vida puerca y, como vivimos, terminamos. Juan, Santiago: vengán. Siempre los quise mucho y creo que nunca se los dije bien. (Pausa) Santiago, me siento como aquella muchachita en el barco. Regé: yo te lo pido.

(Pausa. Pasa una extraña luz por las vidrieras iluminando el recinto en la altura. Una y otra vez sin que ellos parezcan percibirlo. Se oye el vago sonido del motor de una lancha.)

JUAN.- (Equivecándose) empezó a temblar de nuevo.

ANTONIA.- No pienses. Quedate aquí.

SANTIAGO.- ¿Es el fin?

ANTONIA.- No sé. María...

SANTIAGO.- Migan. (Pasa de nuevo la luz) ¡Miren! Yo vi una luz que pasó.

JUAN.- Las vidrieras tiemblan. Pero ese ruido parece de un motor.

SANTIAGO.- Sí; es un motor. El tenía razón: venían a buscarnos.

JUAN.- El avión nos había visto.

SANTIAGO.- Vienen por nosotros. ¡Ostemes salvados!

(Ambas corren hacia las vidrieras)

ANTONIA.- (Sola) No, no puede ser. Ya estaba convenido.

JUAN.- Las aguas han bajado. ¿No es cierto tío?

SANTIAGO.- Se ve. ¿Es una lancha?

JUAN.- Parece. Se ven unas luces.

ANTONIA.- (Sola) El sabía que nos salvaríamos. Pero yo no. Me jure.

JUAN.- Se ve la lancha. Mire la luz. (Corre hacia la madre y la abraza)

sin reparar en su confusión) Ahí vienen, en una lancha. ¡Viviremos mamá! (La suelta y vuelve corriendo con su tío) Tenemos que salir a la terraza.

Dame las muletas.

SANTIAGO.- Ayúdame a salir. / ¿Te decía que no me iban a dejar. ¿No te acordás que yo te lo dije? ¡Cómo me iba a olvidar Dios; ¡a mí!

JUAN.- ¡Claro! ¿Abre?

SANTIAGO.- Sí, pero tené cuidado.

JUAN.- (Abre, y salen ambos) ¡Secorre! Estemos aquí. Aquí, vengan.

SANTIAGO.- Irá un farol, prente. (Mientras Juan corre a buscarlo, él continúa los gritos) Secorre. Somos los únicos. Aquíii.

JUAN.- (Al pasar le grita a su madre) ¡Viva! Desde ahora voy a fumar.

(Se asoma a la terraza y hace señales con el farol, dando gritos. La tierra queda en penumbra pronunciada, hasta que el foco de la lancha se posa en lo alto iluminándola mágicamente.)

ANTONIA.- (Sola) María, si tenía razón, ¿por qué estoy temblando? Al me grité asesina, pero era de justicia, ¿no es cierto? Y además yo estaba segura de que moriríamos. ¿No es así María? ¿Por qué te callás tú también? María, María. (Toca en la cama el cadáver de su hijo) ¡Niña! ¡Qué apuro tenías! Ahora que te necesitaba más que nunca. Te fuiste, calladita. Tú también estabas segura de que te acompañaríamos.

JUAN.- (Irrumpe) Mamá: ya están cerquita. Nos van a tirar una cuerda. (Vuelve a alejarse) No hay agua en la terraza, vení.

SANTIAGO.- Juan, ayudame.

JUAN.- A la orden mi capitán.

(Antonia se aproxima a la puerta en silencio)

SANTIAGO.- No puedo.

JUAN.- Ahí está. La agarré. (Entra) ¿Está contenta vieja?

ANTONIA.- Sí Juan.

JUAN.- A ella bien fuerte. Que no se vaya a alejar.

ANTONIA.- Que pase primero Santiago. (Se asoma) Santiago, tú primero. Que Dios te acompañe.

(Entra con Juan y atan la cuerda)

JUAN.- ¿Cómo está María?

ANTONIA.- Ahora duerme, pero va mejor, mucho mejor.

JUAN.- Va a ser difícil llevarla.

ANTONIA.- No te preocupes. Yo me encargo.

JUAN.- (Vuelve afuera) Vanes tío, coraje.

TONIA.- (Sola) El quiere vivir. Tiene quince años y no sabe cómo es el mundo. No se le puede impedir.

AN.- (Afuera) ¡Ay bien tío. Le crecieron las piernas.

TONIA.- Ya parece olvidado. Y quien te dice que a lo mejor él descubre lo que hay que hacer!
(Cruje repentinamente la tierra. Juan irrumpe desesperado)

AN.- Mamá, se está cayendo. ¡Ay que apurarse. Ahora le toca a ustedes dos

TONIA.- No. Ahora a ti.

AN.- (Desconcertado) Yo soy el hombre. Me toca último. Me vas a poder con María.

TONIA.- ¡Tu madre!... ¡Vamos! ¡Oí Juan! aquí no pasó nada. Estábamos solos; no vimos a nadie. ¿Entendiste?

AN.- Descuida.

TONIA.- Y se le decía a Santiago. Ahora vamos, sin perder tiempo.

AN.- En un momento paso.

TONIA.- (Le llama) ¡Juan!

AN.- (Ya en la puerta, se vuelve) ¿Qué?

TONIA.- Nada... Habrá que buscar a Luisa, para completar la familia.
(Juan sale) Trata de vivir, como sea, pero no como viví yo. (Se vuelve a María) Me taca. Me te quedarás sola. ¡Si supieras cuántos trabajos se dió, y cómo me acuerdo de cuando eras niña, con aquella casa tuya tan chúcará y tierna. Contigo fueran más crueles que con nadie. Pepe se murió; tu padre se murió. Morirse todavía debe ser fácil. Lo peor es seguir viviendo sin quererse a sí mismo.

AN.- (Grita desde afuera) Mamá. Te taca. Apurate.

TONIA.- (Desata lentamente la cuerda y la deja caer.) Yo cumplí mi vida a. Estoy muy cansada. Que sigan ellos la pelea. Me quede contigo María. Haceme un sitio a tu lado.

(Se oyen gritos. Cruje la tierra)

AN.- Mamá, mamá.

TONIA.- Así grité cuando nació, y así gritará cuando se muera. Juan, ¡mi hombrecito!

(Se apaga el foco que ilumina la campana. Baja lentamente el telón)